

# Provocaciones

**KENNETH ROGOFF**

## Anti-ambientalistas norteamericanos

**C**omo norteamericano, estoy impresionado, avergonzado y aborronado por la falta de liderazgo de mi país respecto al calentamiento global. La evidencia científica sobre el aumento de los riesgos crece cada día como queda documentado en el magistral Informe Stern presentado recientemente en Inglaterra. Aún así, a pesar de que los Estados Unidos acumulan un 25% de todas las emisiones globales de carbono debidas a seres humanos, los norteamericanos muestran escasa voluntad o inclinación a moderar su consumo maníaco.

La primera administración de George W. Bush tuvo probablemente razón al negarse a suscribir el así llamado Protocolo de Kyoto, aunque fuese por las razones equivocadas. Entre otros problemas, el Protocolo de Kyoto no va lo suficientemente lejos en cuanto a redistribuir los derechos de emitir carbono hacia los países en desarrollo. Pero ¿por qué no pueden los Estados Unidos por sí solos elevar los impuestos a la gasolina y otras fuentes de emisiones de carbono como las plantas de energía en base a combustión de carbones minerales? No es creíble que el gobierno de los Estados Unidos, que mantiene un enorme déficit pese a la bonanza económica, no necesite el dinero.

Muchos parecen creer que la administración de Bush es el problema. Pongan en el gobierno a un petrolero de Texas y a sus amigos, y qué se puede esperar... ¿ecologismo? Desgraciadamente, esta es una explicación fácil.

La resistencia de los ciudadanos norteamericanos a moderar su consumo de energía para bien del medio ambiente tiene raíces mucho más profundas. Considérese por ejemplo al ex Vice Presidente Al Gore, cuyo documental acerca del calentamiento global "Una verdad inconveniente" es celebrado por su resuelta mirada sobre cómo el consumo de combustible fósil está llevando a la humanidad al borde de una catástrofe. La evidencia respecto al calentamiento global es considerablemente más compleja de lo que la película de Gore sugiere, pero el problema básico es real.

Desgraciadamente, sin embargo, Gore no tuvo éxito llevando la antorcha del calentamiento global mientras hizo de político. Uno no logra recordar a la administra-

ción Clinton-Gore de los años 90 dando ningún paso decidido para reducir radicalmente las emisiones de carbono. No es raro: el público norteamericano se resiste fieramente a cualquier cosa que los obligue de manera seria a hacerse responsables de su estilo de vida basado en quemar energía y engullir gasolina.

No son sólo los políticos quienes han fallado aquí en proveer liderazgo. La venerable página editorial del New York Times se mostró aparentemente opuesta a un impuesto sobre la energía hasta hace muy poco tiempo, cuando el periódico aprobó la idea. Como muchos liberales, los editores del New York Times estaban preocupados de que un aumento de los impuestos pudiera recaer de modo desproporcionado sobre los más pobres.

El típico argumento que uno escucha es: ¿qué le va a ocurrir al pobre compadre con un Chevrolet del 80 que traga gasolina y no tiene otra manera para ir al trabajo? Es un punto de vista legítimo, pero si los niveles del océano comienzan a subir, como predice el Reporte Stern, muchos de nuestros niños van a tener que irse algún día nadando a trabajar. La necesidad de medidas correctoras para disminuir la inequidad no es excusa para la inacción en el tema del calentamiento global.

El cambio de posición del New York Times, desgraciadamente, no significa que vaya a ocurrir algo parecido con el electorado norteamericano. Mencionen la idea de un impuesto a la energía a cualquier potencial candidato a la Presidencia para 2008 y se pondrá pálido. Es bonito decir que uno se preocupa del medio ambiente, o argüir, como parece que lo hace Bush, que ciertas tecnologías milagrosas van a resolver el problema sin demasiadas molestias. Pero en verdad cualquier candidato presidencial para 2008 que se arriesgue a anunciar sacrificios para tener un medioambiente más sano estará entregando el cuello.

Hasta que los norteamericanos no se decidan a asumir y a arreglar los problemas medioambientales que ellos más que nadie han causado, va a ser muy difícil conseguir el apoyo auténtico del resto del mundo. Los países en desarrollo preguntan por qué tienen que prestar ellos atención al calentamiento global si los países ricos no están preparados para disminuir decididamente sus propias emisiones? ¿Por qué tendrían que preocuparse los países pobres respecto a cómo la deforestación contribuye al calentamiento global cuando los países ricos siguen siendo tan derrochadores?

La evidencia científica sugiere que las emisiones de carbono de cualquier parte del mundo tienen el mismo impacto sobre el calentamiento global. Por esta razón, una amplia gama de economistas están a favor de un impuesto global uniforme (armonizado) que grave las emisiones de carbono del mismo modo en cualquier lugar del mundo, trátase de una u otra fuente -carbón, petróleo, gas-, y tanto para consumidores como para empresas.

Un impuesto de este tipo es el más flexible y el de mayor actitud de amigabilidad con el mercado, y tendría el más bajo impacto posible en el crecimiento económico. Por el contrario, el complejo sistema de cuotas favorecido por los europeos y que está contenido en el Protocolo de Kyoto puede llevar a hacerse cargo de ineficiencias y costos mucho más altos. Por esta razón, el Informe Stern de Inglaterra es quizá demasiado optimista cuando calcula que una aproximación ecléctica a la reducción de emisiones de carbono le va a costar al mundo tan sólo un 1% anual de los ingresos. Sin embargo el Informe Stern acierta al sostener que son mucho mayores los riesgos potenciales de una inacción continuada.

La falta de voluntad de los Estados Unidos respecto a tomar el liderazgo en los asuntos medioambientales es uno de los fracasos políticos más profundos del país. Uno espera que cambie pronto de orientación, antes de que nos veamos obligados todos a usar traje de baño para ir a trabajar.

Kenneth Rogoff es Profesor de Economía y Políticas Públicas en la Universidad de Harvard. Versión original en: [http://commentisfree.guardian.co.uk/kenneth\\_rogoff/profile.html](http://commentisfree.guardian.co.uk/kenneth_rogoff/profile.html)



Dibujo de Gracia Barrios

**MICHEL ONFRAY**

## Del derecho de las ratas

**E**l filósofo australiano Peter Singer ha consagrado lo esencial de su obra a defender el derecho de los animales y a militar por su liberación. Generosa actitud. Con todo, la lectura de sus obras -"La liberación animal", por ejemplo- me enferma. Después de haber constatado que se ha liberado a los Negros, las Mujeres, los Homosexuales, sugiere que ahora es el turno de los Animales. Ya la serie es asombrosa...

Sigamos: ¿es indefendible el racismo? Desde luego. Pero entonces para qué ser especieísta, es decir, pensar al animal como un sub-hombre, y por tanto tener que justificar los criaderos industriales, la experimentación científica, los malos tratos de las bestias a las que se cría para ser muertas y comidas. De todo ello concluimos: ¿por qué comer carne y no ser vegetarianos? En efecto...

Comparto con gusto la afirmación filosófica que otorga una diferencia de grados y no de naturaleza entre hombre y animal, pero no puedo suscribir la inoportuna casuística de Peter Singer. En efecto ¿puede uno poner en el mismo plano a negros, mujeres, homosexuales y animales? ¿Es esto racismo o especieísmo? ¿Podemos hacer un paralelo de la ignorancia general sobre las condiciones de los criaderos industriales y aquella del pueblo alemán respecto de los campos nazis? ¿Hace falta preguntarse por qué razones no aceptamos experimentar con un niño de menos de seis meses o con un minusválido mental, en tanto que sí lo consentimos con un mono, aun cuando los tres posean la misma capacidad de sufrimiento e incapacidad para conceptualizar? ¿Tiene derecho a preguntarse por qué comemos trozos de no humanos muertos? En un momento de pura casuística, Peter Singer se pregunta: ¿que hacer si en una barraca infectada por ratas, un niño se deja morder por los roedores? ¿es legítimo desratizar? Peter Singer deja la pregunta en suspenso. Uno cree estar soñando.

La visión del mundo antiespecieísta pone en el mismo plano a todos los seres vivos sufrientes. A partir de ahí practica la amalgama: criadero industrial y campo de concentración, experimentos de laboratorio y torturas nazis, gusto por el bistec y perversión necrófaga. Los animales merecen mejores defensores. Evidentemente, hace falta quizá una real filosofía de lo animal, porque bella es la bestia. Pero esa filosofía no puede ser elaborada con aquellos que apuestan por el derecho de las ratas contra los derechos de un niño.

Michel Onfray es Doctor en Filosofía y fundador de la Universidad Popular de Caen. Este artículo escrito en mayo de 2006 procede de su blog. Versión original en: [http://perso.Orange.Fr/michel.Onfray/chronique\\_mai06.Htm](http://perso.Orange.Fr/michel.Onfray/chronique_mai06.Htm)

**FERNANDO LOLAS**

## Del derecho de los animales. El juego de Peter Singer

**E**n el mundo de la bioética hay dos autores de nombre Peter Singer. A uno lo llamamos el “bueno” y es un canadiense que hasta hace poco dirigía el Joint Centre for Bioethics de la Universidad de Toronto. Sus aficiones le han llevado a escribir prolíficamente sobre biotecnología, genómica y otros temas de actual importancia. Aparte de buen amigo, Peter el bueno es un dedicado “scholar” que cultiva el perfil académico a ultranza.

El Peter Singer que acongoja a Michel Onfray es conocido como el “malo”. Australiano de origen, él y sus seguidores han conseguido que, por ejemplo, la palabra “bioética” sea una mala palabra en países de estudiantado progresista e ingenuo como Alemania y circulan por el mundo espantando las muelas conciencias burguesas con artefactos tales como “antiespecieísmo”, “ética práctica” y otros de este jaez. Contra ellos he visto manifestaciones masivas y pancartas vociferantes. Una conocida universidad, tras contratarlo y comprobar de quién se trataba, intentó retractarse de contarle entre sus miembros

El tema de la dignidad de los animales –de la biósfera, en general, porque también el ambiente es asunto moral– da para todo. Desde el compasivo seguidor de prácticas orientales que teme matar microbios e insectos hasta el provocador Singer, quien asegura que nuestra herencia judeocristiana, con su mito de la superioridad del “hombre” sobre toda la creación, es un pesado lastre ideológico para lograr la quietud moral. No han faltado quienes, imbuidos de sano afán legislativo –esa pernicioso práctica que suele no resolver sino disolver los problemas– proponen rango constitucional para el derecho de los animales al bienestar y la dignidad. Con lo cual, obviamente, muchos científicos protestaron indicando que ello dificultaría la investigación de laboratorio.

Entre estos extremos –ambos de beatería– es difícil no dejarse provocar por las incendiarias afirmaciones del Peter Singer australiano. Y justamente, Michel Onfray es víctima fácil, con su indignación razonable y su preferencia infantil por los derechos del niño. Por cierto, no vamos a enjuiciarlo por algunas líneas que no hacen justicia ni al criticado ni a su crítica, a la cual suponemos algo más de densidad intelectual que las simplezas que aquí leemos.

Por ahora, tomemos esto como un eslabón más en una cadena de argumentos que, puntapiés más, punta-piés menos, es bueno que se mantenga viva. Pues hay allí material de reflexiones antes de llegar al aún desconocido “justo medio”, meta y culminación de las buenas causas zanjadas por la costumbre, la cultura y la deliberación moral.

Fernando Lolas Stepke es Profesor Titular de la Universidad de Chile, Facultades de Medicina y de Ciencias Sociales.

**MARCELA PIZZI KIRSCHBAUM**

## ¿Tiene valor el patrimonio arquitectónico (industrial) en Chile?

**A** inicios del siglo XXI podemos decir que nuestro país es de aquellos en que gran parte de sus habitantes no valora, cuida, preserva y lo que es más grave, ni siquiera (re)“conoce” aquellos edificios susceptibles de ser identificados como patrimonio. Para qué hablar del concepto más amplio en el que se inserta este patrimonio conocido como “paisaje cultural”, donde el bien mueble o inmueble ya no es mirado como objeto sino como parte de un contexto más complejo. Este artículo no permite ahondar en las razones que han creado esta situación social e institucional de pobreza en la valoración patrimonial comparativa con otros países, a pesar de reconocer los esfuerzos de algunas entidades institucionales y universitarias.

El tema se torna especialmente sensible ante nuestro patrimonio industrial, aquel de las fábricas, el transporte, la infraestructura de comunicaciones y las viviendas de obreros que conforman la historia de la industrialización de nuestro país.

El gobierno, con motivo de la celebración del Bicentenario de la Independencia, ha promovido la recuperación de áreas abandonadas o en desuso asociadas al Ferrocarril de Circunvalación de Santiago, conocido como “Anillo de Hierro”, con el fin de revitalizar esta área ligada al centro de la ciudad como proyecto emblemático.

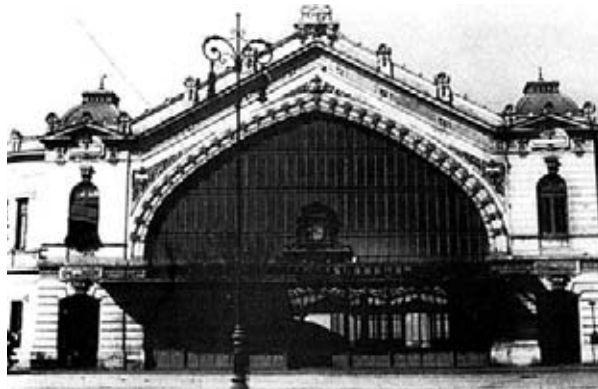
La construcción de este Ferrocarril, cuyo destino principalmente se orientó al transporte de bienes, permitió el desarrollo de nuestra sociedad moderna a través de la instalación de fábricas y bodegas, desencadenando una cascada de transformaciones sociales, políticas y económicas que definieron nuestro pasado reciente. Con la necesidad de abastecer el país, se consolidó nuestra ciudad de Santiago como punto neurálgico, convirtiéndola en potente corazón de un impulso transformador para el progreso económico y social del país.

Para lograrlo, la ingeniería y la arquitectura debieron abordar la construcción de importantes estructuras que

acogieran los procesos industriales y de transporte, convirtiéndose en un valioso legado que es necesario preservar.

Los valores que estas estructuras encierran como representantes de colectivos y sectores sociales han permanecido sutilmente ocultos por la propia historia, sin ocupar el espacio que culturalmente les pertenece y reivindicando la necesidad de su protección, conservación y difusión.

Hoy, parte de este patrimonio ya ha desaparecido, haciéndonos sonrojar ante las atónitas miradas de nuestros pares, al exponer en congresos internacionales casos como la demolición en la década del 40, de la antigua Estación Pirque o Providencia, valioso edificio construido por la "Compañía Central de Construcciones Haine" (una empresa belga cuya fábrica se ubicaba en la región



La belleza de la Estación Pirque, también llamada Estación Providencia se debió a que se esperaba sirviera de terminal internacional para el Ferrocarril del Llano del Maipo, el cual conectaría con Argentina. (Foto de la época).

de Hainaut, cerca de la ciudad de Charleroi), inaugurada en 1910.

El patrimonio que aún queda está en peligro de desaparecer dado que pocos son los edificios declarados monumentos nacionales o con algún tipo de protección, que ante los fuertes impulsos del sector inmobiliario y los cambios de destino apuntan a la densificación de estas áreas. Destacados ejemplos como las bodegas de la ex Empresa de Comercio Agrícola, la fábrica de sombreros Cintolesi, la Fundación Metalco, la antigua Maestranza de Tranvías, la Central de Electricidad construida por la empresa alemana AEG, el Molino Balmaceda, la Fundación Kúpfer en que incluso se fabricó un submarino, el Frigorífico Santiago, la ex Central de Leche, el ex Matadero Municipal de Santiago, la Fábrica de Gas de San Borja, el Molino San Cristóbal, la fábrica MACHASA, la ex Viña Valdivieso y el ex Molino San Pedro Nolasco son sólo algunos ejemplos.

La incorporación imaginativa de usos alternativos para estas construcciones en muchos casos abandonadas y obsoletas, es un recurso para el desarrollo sostenible.

Se incluyen así dimensiones paisajísticas, territoriales y urbanas de nuestra ciudad, permitiendo el reimpulso de renovación y desarrollo de las áreas en que se encuentran y conformando un paisaje industrial que devuelve a la ciudadanía aquello que hace un siglo significó un motor de progreso y nuestro ingreso a la modernidad. Reconocerlas es también parte del crecimiento cultural de un país.

Marcela Pizzi Kirschbaum es Profesora Asociada de la Universidad de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.

**PABLO RUIZ-TAGLE**

## La paradoja de la corrupción

**H**ay que evitar el abuso del concepto de corrupción para juzgar a los demás ciudadanos y a nuestras instituciones republicanas. La corrupción es un fenómeno paradójico que no podemos explicar sólo con referencias jurídicas, morales o políticas.

Desde luego la mejor explicación jurídica es compleja porque comprende aquella idea que entiende la corrupción como la violación conjunta de deberes jurídicos generales (tal como el deber de cumplir la ley o de lealtad al estado de derecho), y deberes jurídicos específicos (como la comisión de un acto criminal o una falta específica, por ejemplo recibir un soborno). Cuando estos dos tipos de deberes -generales y específicos- se violan, entonces hay corrupción.

Por su parte, la perspectiva institucional para entender la corrupción enfatiza el modelo ideal del agente que es el servidor público y del principal que es el interés del pueblo ciudadano y concentra el análisis en algunos de esos aspectos que escapan a los criterios simplemente jurídicos o a la diversidad o amplitud del juicio moral.

En definitiva, la corrupción es un fenómeno en el que el derecho y la moral, los factores sociales, políticos y económicos se combinan en forma paradójica.

Por eso, no podemos dar directrices universales para analizar los casos de corrupción. En esto discrepo con algunos autores que formulan recetas universales para combatir la corrupción con fórmulas y simplificaciones dudosas, tales como: monopolio menos transparencia, igual no sé qué cosa. También me parece incorrecta aquella forma de análisis de la corrupción que prescinde del concepto moral y pretende tratarla como una forma de reasignar recursos en mercados imperfectos o como una manera de producir la redistribución del poder en sociedades atrasadas o no participativas. Estas hipótesis librecas, se desmienten porque la verdad es que no se encuentran ejemplos históricos de países donde se haya producido una reasignación más eficiente de los recursos gracias a prácticas corruptas. Tampoco pare-

cen existir ejemplos que permitan demostrar cómo la corrupción ha podido servir de ayuda a un modelo económico, o fortalecido la estabilidad política de un país determinado. Se ha observado además que, paradójicamente, la mayoría de los autores que hacen estos comentarios los hacen respecto de otros países y no respecto del propio. Porque nadie quiere reconocer la corrupción en su propio país. Es más fácil estudiarla en otro país, ojalá distante, indiferente, pequeño, pobre, atrasado y/o subdesarrollado. Y estos enfoques también fallan porque otra paradoja de la corrupción es que no se puede hablar sobre sus prácticas por larga distancia.

La posibilidad del progreso y regresión en los seres humanos nos hace dudar de todas las recetas anticorrupción que se presentan a sí mismas con validez universal. En definitiva, nuestra sensibilidad moral, jurídica y también económica cambia. Con ello, también se modifica nuestra percepción de la corrupción. Todo esto en ningún caso supone minimizarla, ni renunciar a combatirla. Siempre pienso en un mismo ejemplo al tratar este tema: pienso en un monasterio de santos, donde una mirada fea puede llegar a ser el equivalente a un parricidio en una familia de delincuentes. La mayor paradoja de la corrupción es que puede ser percibida con más agudeza entre quienes han alcanzado un grado mayor de progreso moral, político, económico y jurídico.

Pablo Ruiz-Tagle es Profesor Asociado de la Universidad de Chile, Facultad de Derecho.

**LORETO REBOLLEDO**

## Memoria y desarraigos

**S**i bien en la memoria colectiva reciente del país el concepto de desarraigo se identifica con el sentimiento que acompañó el exilio al cual se vieron forzados miles de hombres, mujeres y niños chilenos en las últimas décadas del siglo veinte, y que se actualizó en la primera etapa de su retorno, el desarraigo tiene un anclaje más amplio y más antiguo en la memoria de diferentes grupos sociales, inscribiéndose en sus identidades.

La definición de los chilenos como “patiperros”, que está en el sentido común, de una u otra manera da cuenta de una identidad que tendría como elemento constitutivo la itinerancia, el desplazamiento por diferentes lugares de muchos habitantes del país y que ha sido ampliamente documentada por historiadores como Gabriel Salazar y Jorge Pinto.

Al referirse a los “patiperros” en el habla cotidiana, el énfasis tiende a ponerse en los aspectos aventureros y hasta románticos de esa errancia -un caso paradigmático al respecto es el de Joaquín Murieta-, invisibilizando la otra cara de las migraciones y desplazamientos geográficos,

las razones económicas que llevan a multitudes a tener que abandonar su lugar para vivir en tierra y culturas ajenas, así como el sentimiento de desarraigo y la sensación de pérdida que las acompaña.

Salir del lugar donde se ha nacido y crecido no sólo implica cortar los vínculos afectivos con las personas que atan a un territorio. Significa también la pérdida de cosas, tangibles e intangibles, que forman parte de la vida cotidiana y cuya importancia sólo se hace evidente al no tenerlas: olores, sabores, idiomas, recuerdos... La pérdida de esas cosas, y la toma de conciencia del valor que tenían, hacen patente lo que nos identifica con aquello que quedó atrás, y lo que nos distancia de la realidad presente.

Así, el desarraigo se expresa simultáneamente como una nostalgia por lo que quedó atrás acompañada de una sensación de no pertenecer, de no ser de allí o no encajar en la sociedad de acogida. Ese sentimiento de desarraigo también puede vivirse al regresar al lugar que se consideraba propio.

A esto se refiere Violeta Parra en su autobiografía en verso, cuando señala que al vivir en Francia se sentía como “una planta sin fragancia, una trama sin urdimbre”, aunque al regresar a Chile tampoco encuentra su lugar. Una situación similar es la de Gabriela Mistral, viajera incansable que nunca olvidó sus cerros nortinos, pero tampoco pudo afincar de modo definitivo su cuerpo en otros parajes.

La intensidad de los sentimientos y sensaciones del desarraigo hace que queden registrados como marcas en las biografías de los sujetos y en la memoria colectiva de los grupos que la han vivido.

Si asumimos que la memoria hace parte de la identidad: de lo que somos actualmente a partir de lo que fuimos antes, en un tiempo, un espacio y unas relaciones sociales determinadas; y entendemos el desarraigo como el sentimiento de pena que produce la pérdida de lugares, cosas, personas, de raíces culturales y afectivas que unen a un grupo, se hace evidente que con el desplazamiento geográfico la identidad se pone en riesgo. La interrogante sobre cómo seguir siendo el mismo sin sentirse diferente o ser marginado se instala como preocupación de los que salen de su país, ya sean exiliados, desplazados de guerra, o parte de los miles de inmigrantes latinoamericanos y africanos que llegan a Europa, o los mexicanos que habitan en Estados Unidos.

Pero también esa sensación de desarraigo, donde la identidad cultural se ve tensionada, puede vivirse en el propio país. De ello pueden dar cuenta los miles de hombres y mujeres mapuches que, obligados por la pobreza, tuvieron que dejar sus bosques y ríos del sur para venir a vivir a Santiago durante el siglo pasado. Las dificultades para que se les reconociera un lugar en la ciudad y en la sociedad tratando de evitar la marginación y discrimi-

minación llevaron a algunos a cambiar sus apellidos y a silenciar su lengua materna.

Actualmente, en un mundo con grandes diferencias de riqueza y de oportunidades entre regiones y continentes, son muchos miles los hombres y mujeres que se desplazan del campo a la ciudad, de una región a otra. Las migraciones en el contexto de la globalización parecen desdibujar las fronteras. Sin embargo ello no implica derribar de manera automática las fronteras culturales y desmontar los conflictos entre “nosotros” y “los otros”.

Todo nos hace suponer que el desarraigo seguirá acompañando los procesos migratorios en los próximos años, y seguirá estando presente en la memoria colectiva de muchos.

Loreto Rebolledo es Profesora Asociada de la Universidad de Chile, Instituto de Comunicación e Imagen.

**SERGIO JARA DÍAZ**

## Poderoso caballero compra cerebros

**E**n esta democracia casi representativa el casi hace la diferencia. En el terreno de la representación popular cada uno de nosotros pesa igual que el otro, independiente de sexo, religión, color de piel o ingreso; al menos en principio. En el terreno del mercado, donde decidimos qué y para quién se produce, pesamos tanto como nuestro poder adquisitivo. Y en el área de cómo percibir lo que ocurre, pesamos tanto como acceso tengamos a los medios de comunicación. Tres tipos de votos: los democráticos, que deciden representantes; los monetarios, que deciden la producción; y los comunicacionales, que influyen las percepciones, las formas de mirar, la ideología.

Por otra parte, a nadie debería extrañar que los poderosos financien la prensa que favorece sus visiones y a quienes las representan en el parlamento, ni que los interesados en vender más avisen en la prensa que leen los que tienen más dinero, lo que permite manejar y financiar medios de comunicación satélites orientados a los que tienen menos. Probablemente el único desafío político de la derecha hoy es cómo lograr que los sectores populares, aquellos más afectados en su ingreso relativo, en su acceso a la educación de calidad y a la salud, perciban los hechos como si fuesen ricos, o no los perciban. Puesto de manera aún más simple, las formas de mirar están comandadas por los sectores dominantes en lo financiero, lo que provoca una férrea relación entre los votos monetarios y los comunicacionales, con evi-

dente impacto en los votos democráticos. Compramos el periódico al mismo tiempo que sus financistas nos compran a nosotros, sus lectores.

Parte de esta tarea es convencernos de que hay unos individuos ganadores, en oposición a otros que serían los perdedores. Y esa prensa nos llena de rankings y de encuestas selectivas para identificar a los cien mejores, las diez más activas, los veinte más inteligentes y los cincuenta líderes del futuro. Se trata de repartir medallas selectivas que luego serán exhibidas con ingenuidad o sin ella como medida de capacidad para representar intelectualmente las diversas facetas del quehacer ciudadano, afirmando así la ideología dominante. Se trata de domesticar el pensamiento creando reflejos condicionados y formas vulgares de aprecio intelectual, incluso en quienes podrían tener pensamiento antitético con la visión necesaria para mantener este estado de cosas. Se trata de alienar la creación haciéndonos esclavos de la medida. He sido testigo de la ansiedad que provoca este tipo de rankings en buenas universidades del hemisferio norte.

En este grotesco pero seductor proceso de afirmar una intelectualidad funcional al sistema económico imperante, es importante desarrollar patrones autónomos de aprecio por el pensamiento riguroso, articulado y crítico.

Sergio Jara Díaz es Profesor Titular de la Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

